



Besos salados

Elena Castillo Castro

Esta no es una buena idea. De hecho, ahora me doy cuenta de que el cerebro enquistado de donde salió esta ocurrencia no es capaz de originar un pensamiento ni original ni aceptable.

Encaramada a la ladera de la montaña siento los dedos agarrotados sobre la piedra humedecida. A mis pies, el nivel del mar crece por momentos y, lo peor no es que mis piernas empiecen a salpicarse con la espuma que salta desde la cresta de las olas, lo peor es que me acabo de dar cuenta de que llevo falda y Fabrice me está viendo las bragas desde abajo.

Llevaba años soñando con un nuevo vecino para el adosado color tierra de la calle de enfrente. Cada verano imaginaba que llegaba una ranchera familiar de la que salía un chico apuesto, alto y, a ser posible, con exótico acento extranjero. Desde luego, mis fantasías culminaban con un romance apasionado a la luz de la luna, acurrucados en la pequeña cala de agua cristalina que hay justo detrás de casa. Año tras año, diferentes parejas de jubilados han alquilado aquel adosado enterrando mi sueño en la arena.

En una urbanización costera, dominada por vegetación tropical mantenida a base de circuitos de agua, paso cada verano con mi familia. Son mis meses favoritos del año, en los que intento alejarme de la insulsa vida en la ciudad, donde mi mayor preocupación es aprobar las atragantadas matemáticas en el instituto de secundaria, un lugar tan insípido como los compañeros de clase que tengo. A excepción de Ruth, ella es mi inseparable amiga con la que comparto los bocatas de atún.

En la playa todo es diferente, un mar de posibilidades se abre, o al menos eso me repito a mí misma todos los veranos. Me monto en el coche, con una maleta repleta de libros y bañadores, me despido del Parador (en el que siempre he soñado que me casaré) y en

cuanto el horizonte confunde el azul del cielo con el del mar la algarabía en mi interior explota.

Felipe es siempre el primero en estrenar el veraneo, viene desde Albacete, con sus tres videoconsolas, dos perros, tres hermanas y sus padres (a los que yo siempre he apodado Popeye y Olivia). Me espera cada año sentado en un banco y en cuanto ve que mi coche asciende la cuesta se apura para ayudarnos a subir el equipaje. Obviamente, mi padre le adora.

Mis primeras semanas de julio consisten básicamente en suspirar mirando hacia el adosado y arrastrar a Felipe hacia la playa. En su cuadrículada mente no entra el concepto de “tumbarse a tomar el sol” por lo que nuestras horas a orillas del mar son en esencia, un continuo ir y venir de una punta a otra de la playa. Mi objetivo de ponerme morena surte efecto y la tonicidad en mis piernas adquiere un nivel de escándalo. Entrado el verano llegan Edu desde Aranjuez y su padre divorciado/guapo de infarto. Entonces, los paseos por la playa se convierten en largos paseos en barca en los cuales yo me tumbo, él rema y Felipe nos sigue a nado.

Son los únicos adolescentes de mi edad en la urbanización pero no me importa, me encantan las videoconsolas y los paseos en barca. Pero este año, ha sido diferente. A las dos semanas de llegar, mientras los chicos y yo regresábamos de la playa transportando la barca sobre nuestras cabezas (bueno, para ser sinceros, yo finjo soportar el peso), frente a la cancela del adosado descubrimos aparcado un modelo de coche que jamás había visto.

—¿Qué clase de coche es ese?

—Es un BMW pero ese modelo sólo se fabrica en Francia —me respondió Edu, el cual adora el mundo de automovilismo.

Todos mis sentidos se pusieron en alerta. La posibilidad de que mi sueño se estuviera haciendo realidad era tan remota como que Ruth y yo dejásemos de hablar un solo día por teléfono. Sin embargo, allí estaba aquel coche con su maravillosa matrícula forastera.

Cuando intenté salir de debajo de la barca para poder ver a quién pertenecían los pares de pies que veía junto al maletero los chicos

se quejaron. Al parecer sin mi ayuda se desestabilizaba el reparto del peso. Mentira, obviamente, pero no podía contradecirles.

En cuanto la barca quedó guardada en la cochera de Edu intenté hacerme paso entre las afiladas hojas de las palmeras que delimitaban unas pegadas a otras la acera. Tras mi espalda escuché una risotada a la par que yo descubría en la puerta del adosado a una pareja de ancianos que llevaban calcetines con chanclas (no se puede ser más guiri).

—Ahí tienes a tu Romeo, Vero, uno que te susurrará palabras de amor en francés al oído si su barriga cervecera no se lo impide.

—¡Je t'aime, je t'aime!. Muá muá muá.

Edu y Felipe se reían de lo lindo mientras lanzaban besos al aire en mi cogote.

—Sois unos idiotas en punto de no retorno —me distancié de ellos atravesando las palmeras para poner rumbo a ninguna parte. Estaba enfadada y decepcionada, me esperaba por delante otro verano de vecinos jubilados.

Decidí dar media vuelta y entrar en mi casa para llamar a Ruth, ya que compararme con ella que moría abrasada de calor en la ciudad siempre me consolaba. En cuanto subí a la acera escuché que las risas cesaban de golpe.

—Hola.

Un simple pero bello y dulce cual trino de pajarillo saludo afrancesado hizo que volviera la cara hacia el exclusivo coche.

Era él, mi sueño hecho realidad: esbelto, rubio, de ojos verdes y labios finos pero acabados en hoyuelos marcados por aquella sonrisa ladeada.

Antes de contestar giré la mirada hacia los chicos que habían enmudecido y parecían a punto de sufrir un desvanecimiento.

—Hola, mi nombre es Fabrice y acabo de llegar con mis abuelos. ¿Vives en la urbanización? —dijo unos pasos hacia mí y su altura se me hizo imponente.

—Sí —estaba tan nerviosa que a penas lo susurré.

Me regaló una sonrisa con confianza y miró a los chicos que andaban hacia atrás con intención de perderse entre las palmeras.

—¿Son tus amigos? —me preguntó con su acento francés que redondeaba las sílabas.

—Ahora mismo me gustaría decir que no pero me temo que sí. Soy Verónica.

—Encantado de conocerte Verónica, no esperaba encontrar compañía de menos de cincuenta años por aquí. Ha sido un alivio descubrirte.

En aquel momento habría saltado sobre él para rodearle con mis piernas por la cintura y descubrir la fama del beso francés.

—Ven, te presentaré a esos dos que fingen no escucharnos al otro lado de las plantas. Te advierto que aunque tengan quince años sus mentes no se han desarrollado en exceso desde los siete.

Edu y Felipe fingieron amabilidad aunque al menos se ofrecieron a compartir una velada de jugadas a “Call of duty” con él. Aunque hubiese preferido enseñarle los alrededores, aquella noche me acosté con la sensación de que mi vida por fin había cambiado. Lo había visto en sus ojos, supe que Fabrice y yo terminaríamos viviendo un romance playero. Con los años puede que me fuera una temporada a vivir a Francia, debería apuntarme sin más remedio a clases de francés el próximo curso. Nos casaríamos en una boda bilingüe a las faldas del Parador. Mi padre estaría encantado con el vino y el queso francés, y mi madre disfrutaría con sus pequeñas nietas: Emili y Brigitte.

Fabrice resultó ser un excelente remero, se alquiló una barca con vela en el club náutico y nos acompañaba en nuestros paseos diarios. Terminé por cambiar de embarcación al descubrir la sensación que produce la velocidad de la navegación: el viento salpicado de agua salada en la cara y la inclinación con ángulos imposibles sobre las olas. Edu se enfadó conmigo por abandonarle pero ver manejar la vela a Fabrice era disfrutar de arte en movimiento.

Cuanto más enamorada estaba yo de Fabrice, más cruzado lo tenían los chicos, que sufrían cambios de humor inesperados. Si decidíamos ir al cine, ellos hacían lo posible por sentarse entre nosotros; si por la noche decidíamos quedarnos a hablar sentados en un banco, ellos aparecían para sugerirle a Fabrice un plan alternativo más emocionante. Incluso cuando me ofrecí a ayudar a los abuelos de mi amado a cocinar un menú típico español, los chicos desarrollaron unas desconocidas cualidades culinarias preparándoles gazpacho y tortilla de patatas. Por su parte, Fabrice parecía encantado de estar con ellos por lo que la extraña relación entre los cuatro continuó.

Los días de veraneo para Fabrice tocaban a su fin, y con él se comenzaba a evaporar la ilusión de vivir un romance juntos. Todo lo que había tenido con él se había limitado a una amistad compartida y accidentada.

No podía consentir que la oportunidad se me escapara de las manos y decidí echar toda la carne en el asador. Iba a declararme, conseguiría un momento a solas y le declarararía mi amor, en el caso de que no lo hiciera él antes.

Aquel día amaneció con el viento algo más agitado que de costumbre y aunque Fabrice sugirió no sacar la barca yo le rogué hasta casi el pataleo. ¡Qué mejor sitio para declararse que estar en alta mar lejos de las molestas intrusiones de Felipe y Edu!

Rebusqué en los cajones hasta encontrar el bikini a rayas marinero, le cogí prestada la pamelita a mi madre y su maquillaje resistente al agua. Mi esperanzado corazón salió de casa hacia la playa corriendo. Ese iba a ser el día, aquel día me iban a besar con un beso francés y comenzaría nuestra historia de amor.

Un consejo: no saquéis una barca minúscula con vela maradentro un día de ventisca sin al menos haber tomado algo para el mareo. La experiencia no pudo resultar más desastrosa: Fabrice se golpeó la cabeza con la vela, yo perdí mi pamelita y terminé vomitando por la borda.

Aquella tarde me encerré avergonzada en casa. ¿Qué hombre querría besarme después de haber echado hasta la primera papillas

delante de él?

—¿Se puede pasar?

Los chicos asomaron sus cabezas por la ventana de mi habitación, esas son las ventajas/inconvenientes de que tu habitación se encuentre en la planta baja, que sea verano y la mantengas abierta para no morir de calor.

—¿A caso valdría de algo que dijese que no? Lleváis todo el verano saboteándome —protesté.

Felipe fue el primero en atravesar la ventana y Edu se quedó sentado sobre ella.

—No seas exagerada, lo que pasa es que estás sufriendo algún tipo de síndrome hormonal femenino que te ha idiotizado y no ves lo insufrible que es el francés.

—Fabrice, se llama Fabrice y no “el francés” —era el colmo que se atrevieran a insultarme después de todo— Y como vuelvas a llamarme idiota Felipe, voy a tu casa con unas tijeras y le corto todos los cables a tus videoconsolas.

—¡Es que estás cegada! Si está todo el día sorbiéndose los mocos, en inaguantable.

—Mi Fabrice no se sorbe los mocos, tiene la nariz grande, como todos los franceses—le corregí.

—No está interesado en ti, Vero —susurró Edu mirando a través de la ventana.

—¿Y en qué te basas para decir eso?

—En el cine, compra dos paquetes pequeños de palomitas, uno para ti y otro para él.

—¿Y desde cuando eso es malo?

—Si a mí me gustara una chica compraría un paquete grande para los dos, para compartirlo —Edu sacó las piernas por fuera mostrando la intención de marcharse.

No supe qué contestarle, estaba enfadada pero él parecía dolido y eso me confundía.

—De todas formas esta tarde creo que piensa darte un sorpresa, eso nos ha dicho al menos hace un rato. Creo que quiere agradecerte lo bien que te has portado con él —me informó Felipe antes de salir detrás de Edu—. No sé porqué no nos incluye en ese agradecimiento.

—Felipe, creo que aunque te lo explicara, seguirías sin entenderlo.

Ya me daba todo igual, Fabrice tenía una sorpresa planeada para mí. Me arreglé, volví a maquillarme, alisé mi pelo y esperé con el corazón martilleándome el pecho hasta que acudió a recogerme.

—Quiero enseñarte un lugar que he descubierto. Quiero compartirlo contigo, te has portado muy bien conmigo y no quiero marchar sin agradecértelo de una manera especial.

Si hubiese acumulado más felicidad dentro habría salido volando como un globo.

—¡Va a ser emocionante! —dijo y seguidamente se sorbió los mocos.

No me había molestado ese gesto insignificante hasta que Felipe lo había mencionado aquella tarde. El problema empezó cuando no pude evitar contar las veces que lo hizo hasta que llegamos al sitio especial. ¡Veintiocho veces!

Me había llevado a una de las montañas que rodeaban la urbanización y perfilaban la costa con pequeñas calas y salientes.

—Es ahí abajo.

Miré hacia donde su dedo señalaba y entonces un sudor frío surcó mi espalda. ¿A caso estaba loco? Pretendía que yo bajara hasta allá abajo descolgándome por la ladera de la montaña.

—Es precioso, ya lo verás.

Me agarró de la mano y tiró de mí hacia el borde. Comencé a descender mientras rezaba una oración seguida de otra. Jamás hubiera pensado que tendría que jugarme la vida por un beso.

Llegué al pequeño saliente que el mar salpicaba con sus olas llena de magulladuras y arañazos pero hice el esfuerzo de sonreír porque aquel sería mi momento mágico, el que no olvidaría en toda mi vida.

—¡Has visto qué maravilla!

Veintinueve.

Miré a mi alrededor, el mar se extendía como una acuarela oscura y la pared de la montaña, que me resultaba imposible de ascender, mirada desde esa perspectiva me abrazaba dándome sensación de asfixia.

—Quiero que tengas esto —me alargó una foto.

Treinta.

Era una foto suya, en la barca, sin camiseta y con un ojo guiñado.

Treinta y uno.

De repente sentía que me ahogaba y di unos pasos hacia el mar en busca de oxígeno. Alcé la vista y lo que vi me paralizó. Era Edu, en la barca, remando con brío entre las olas. Pareció que me reconocía y mantuvo unos instantes los remos fuera del agua. Tenía sus ojos clavados en mí y sentí que me laceraba el alma.

—Es guapísimo —suspiró Fabrice.

¿De veras acababa de escuchar semejante comentario de mi apuesto francés?

—Fabrice, ¿es que eres gay? —pregunté con la voz entrecortada.

—¿A caso no has notado que siempre intento sentarme junto a él en el cine? —se sonrió—. De todas formas tengo la certeza de que Edu no siente atracción por los chicos. Sólo tiene ojos para ti.

—¿De qué estás hablando? —el desconcierto se había apoderado de mí y retrocedí al ver que el nivel del mar estaba subiendo a lametazos por el saliente rocoso.

No me contestó porque se apuró en hacerme subir por la montaña ante la rápida crecida de la marea.

Por lo que aquí me encuentro, encaramada a una roca resbaladiza, con el culo en pompa hacia un gay francés y con un supuesto enamorado en alta mar viendo el espectáculo.

En cuanto llego a la cima y tras oír otro sorbido insufrible de Fabrice busco a Edu y su barca pero no esta. Debe haber bordeado la montaña de regreso al puerto.

Edu ha desaparecido. Bueno, no ha desaparecido literalmente, sólo de mi vida. Tras la marcha de Fabrice, Felipe no tardó ni un par de días en regresar a Albacete; junto con sus tres videoconsolas, sus dos perros, sus tres hermanas, Popeye y Olivia.

Todos los años Edu y yo apurábamos el verano solos en la urbanización; sin embargo, desde aquel día que me vio en su barca me ha rehuido.

Pienso solucionarlo porque desde que Fabrice me insinuó que Edu está enamorado de mí no he podido dejar de pensar en él. De repente sus ojos ya no son marrones sino color almendra, su pelo no es negro sino oscuro con destellos madera, sus brazos no son sólo buenas extensiones de un remo sino que son músculos cincelados al sol , y su mirada lejana ya no es de enfado; ahora veo que era de amor escondido.

Le he mandado un mensaje al móvil y le he pedido ir al cine, para despedirnos antes de que el verano finalice, y para mi sorpresa ha aceptado con una condición: vernos dentro de la sala.

Estoy nerviosa, llevo sólo dos minutos sentada en la butaca y me aterra el pensar que me vaya a dejar plantada. La gente me mira raro, si no fuera porque necesito hablar con Edu estaría muriendo de la vergüenza.

Las luces se han apagado y han comenzado los trailer. Voy a matar a Edu.

—Perdón por llegar tarde pero había cola en las bebidas.

Edu ha venido, se acaba de sentar junto a mí y el corazón se me ha disparado. Es una sensación nueva, rara y deliciosa. Noto que se ha peinado, huele a colonia fresca y aprieta la mandíbula con nerviosismo. No aparta su mirada de mí durante un par de segundos y luego pone sobre mis piernas un paquete grande de palomitas.

—¿Quieres? —se mete un puñado en la boca y me sonrío.

Es un paquete grande y no dos pequeños. Le sonrío y me meto un par en la boca.

No recuerdo cuál era la película que vimos pero puedo decir que, aunque pasé todo el verano esperando un beso francés, no hay nada comparable con un beso salado.

Fin